



HB

www.horqueta.net

Recuerdos 2007

La Semana Santa vista
a través de La Horqueta Digital

Índice

Prólogo _____	página 2
Xuasús González. Bracero Mayor	
Viernes de Dolores _____	página 3
Recuerdos de Carlos García Rioja	
Sábado de Pasión _____	página 6
Recuerdos de Álex J. García Montero	
Domingo de Ramos _____	página 10
Recuerdos de Purificación Gómez Valero	
Lunes Santo _____	página 19
Recuerdos de Xuasús González	
Martes Santo _____	página 24
Recuerdos de Eduardo Álvarez Aller	
Miércoles Santo _____	página 27
Recuerdos de Javier Antón Cuñado	
Jueves Santo _____	página 33
Recuerdos de Julio Cayón	
Viernes Santo _____	página 38
Recuerdos de Manuel García Díaz	
Sábado Santo _____	página 40
Recuerdos de Jorge Revenga	
Domingo de Resurrección _____	página 44
Recuerdos de Javier Mendaña	

Fotografías: César Álvarez Aller, Eduardo Álvarez Aller, Marta Álvarez Aller, María Mercedes Blanco Rodríguez, Olga Cañón García, Carlos García Rioja, Xuasús González y Jorge Revenga.

Prólogo

Xuasús González. Bracero Mayor



Recuerdos. Por segundo año consecutivo, La Horqueta Digital quiere compartir con todos sus lectores sus impresiones sobre la Semana Santa leonesa. Sobre los diez Días que dan sentido a este colectivo. Sobre esta celebración que volvió 'loco' a León –en este caso– entre el 30 de marzo y el 8 de abril de 2007.

Carlos García Rioja, Álex J. García Montero, Purificación Gómez Valero, Eduardo Álvarez Aller, Javier

Antón Cuñado, Julio Cayón, Manuel García Díaz, Jorge Revenga y Javier Mendaña, junto a quien suscribe, son los encargados de analizar lo que dio de sí la Semana Mayor, de llevar al papel sus sentimientos, sus vivencias.

Diez autores para Diez Días. Siempre desde su óptica. Especial. Única. La Semana Santa vista a través de La Horqueta Digital con una sola premisa: contar lo que sucede desde la acera, sin formar parte de ningún cortejo, garantizando así una visión más global.

A lo largo de estas páginas se pretende trasladar de nuevo al lector a la calle, a las procesiones, a la multitud de actos que se sucedieron sin descanso en estos días, para poder vivir –incluso sin haber estado presente– la Semana Santa leonesa de 2007.

Quizás quienes participaron en ella puedan aportar una visión diferente. Esa es una de sus grandezas. La Horqueta Digital ofrece ahora la suya. Son nuestros *Recuerdos*.

Viernes de Dolores

Recuerdos de Carlos García Rioja

Ya era Semana Santa

Tal vez fuera media mañana. No lo sé, pues tampoco estuve allí para vivir *el gran momento*, uno de tantos que pasan desapercibidos para la inmensa mayoría. Desde hacía días, poco a poco, las “necesidades” de las cofradías se habían ido cumpliendo: jardineras desplazadas, farolas trasladadas desde su ubicación habitual, cables ligeramente elevados... El gran escenario de la ciudad, ansiosa por vivir los días santos, iba transformándose con lentitud, aunque sólo algunos privilegiados lo hubiesen advertido.

...Y la rampa ya estaba en Teatro. Ése era el último signo, la señal postrera que avisaba de que, al fin, ya era Semana Santa. Horas antes de que la *Morenica* se echara a la calle, los operarios municipales salvaban los escalones de San Marcelo, testigos mudos del caminar penitencial año tras año. No era ese un momento recogido en guías, ni recomendado por papones. Era, como otros tantos, un pasaje íntimo y sublime que certificaba otro año más – 2007– el inicio de la Semana Mayor leonesa.



No se iniciaba el Viernes de Dolores a las ocho de la tarde de ese día, ni minutos antes con las bandas en *ordinaria* hacia el Mercado, ni con las primeras túnicas que pudieron verse al filo de las siete en torno a Santa Nonia. Tampoco daba comienzo el Viernes del Dolor en una mañana de visitas a la Señora, ni en los primeros encuentros, en los primeros judíos, en las primeras tertulias... La

Semana Santa de 2007 se abría con una rampa en la calle Teatro y con un trono desnudo en soledad, a las orillas románicas del templo de María.

Era Jueves de Pasión y, aún cuando los tumultos no buscaban procesiones, cuando la mayoría de los pasos despertaban en naves y almacenes de su anual sesteo, cuando la ciudad tomaba conciencia de cuanto se avecinaba, en la estrechez de la calle Herreros, vacía a esas horas de la tarde, aparecía el trono de la Reina. Y así se abría esta Semana Santa, de ninguna otra forma. Porque la esencia auténtica y verdadera reside en esos pequeños *frasquitos* del detalle

desconocido, del que se vive a espaldas de las masas. ¿Prefieres una plaza del Grano en tarde de Dolores o la dulzura de una conversación, a solas con Ella, en la primera visita de ese día? ¿La quietud de calle Corta o una Plaza Mayor repleta de marchas y murmullos? Ciertamente, cada cual elige su momento, sus preferencias. Quien esto escribe intenta vivir cada instante y no perder detalle de nada, aunque, por supuesto, después –como cada cual– sus recuerdos se amolden a lo vivido, a lo que más le llenó, al mayor disfrute...



El Viernes de Dolores, por encima del resto de los días santos, viene siempre con sabor a recuerdo y a añoranza, con aroma a brea recién esparcida en Carbajalas, con sonido de campanas que anuncian la salida y de marchas que suenan a lo lejos, con el tacto de hallar la túnica dispuesta a abandonar por unos días el fondo del armario, con la vista puesta en los ojos de María, en el brazo yerto de Su Hijo... Atended y ved si hay dolor como mi dolor.

Y es que el Viernes, ese Viernes, aquel Viernes, es mucho más que una procesión que en poco más de dos horas cruza León llenando su empedrado de lágrimas y de cera. El Viernes de Dolores es la puerta, es el bullicio, es la vela envuelta en plata, es la mano que acaricia un rosario, es el intercambio de saludas, es la banda llegando en paso de ordinario, es la sucesión generacional en interminables hileras de devoción, es una Salve rezada por el pueblo, es el reencuentro con los tuyos, es la primera cruz alzada en la calle, es el verdadero génesis de la Semana Santa que –con su inicio– comienza ya a acercarse al final.

Así, como antes y ahora, en 2007, el Viernes de Dolores comenzaba a escribirse en la tarde anterior, con la llegada del trono de Nuestra Señora al Mercado, con su procesionar silente hacia el interior del templo, con el descenso de la Virgen desde su camarín colmado de cuidados y atenciones. El Viernes de Dolores se empezó a tejer en las manos de las devotas que preparaban las preseas de la Divina Imagen y su Santo Sudario y en las del sacristán Enrique, quien vive su



particular *noche de Reyes* esperando la amanecida para que los pliegues del manto sean los justos y medidos, para que cada detalle de *su* Reina ocupe el lugar merecido. El Viernes de Dolores se vivió con nervios en la tarde del Jueves de Pasión; con visitas de papones que habían aguardado un año ese preciso momento; con preocupación por la climatología y sus predicciones, verdadero azote de la Semana Santa en los últimos tiempos; con idas, prisas y venidas en busca del cingulo que faltaba, del hábito que se debía recoger en la tintorería, de asistir a los últimos estertores de una Cuaresma que había mitigado la impaciencia y la larga espera...



El Viernes de Dolores también se hacía preámbulo el Jueves de Pasión en Santa Nonia, con el último ejercicio del Triduo a las Angustias y a la Soledad de Nuestra Señora, con el negro y oro de la celebración del cincuentenario procesional de la Soledad obrera. La concesión de su medalla por parte de la Hermandad de El Ejido a la Virgen de las Lágrimas, presagiaba momentos emocionantes que se vivirían con intensidad en la histórica jornada del Sábado. Pero ése es otro recuerdo...

Los míos, de Dolores y Viernes, son de frío y una fina lluvia aparecida a la hora de la Salve conventual en Santo Domingo, son de gentío en Carbajalas y soledad de vuelta a Herreros, son de cánticos en el hogar del Patrón Marcelo y de himnos a la entrada de la Señora, de emociones contenidas al filo de las ocho y de tristeza más allá de las diez, de benditas tradiciones que se repiten y de un novedosos estandarte que se estrenaba... Fue Viernes de Dolores en León, daba inicio una nueva Semana Santa, aunque algunos comprendamos que ya no hay principios ni finales, que estos diez días son continuidad del resto de nuestras vidas, que sólo es la forma de excusarnos para que el resto del año no nos llamen *locos* al hablar de ella. Fue Viernes de Dolores, al que después siguieron nueve días intensos para dar forma –un año más– a la Semana Santa, para que podamos continuar añorándola, para poder soñarla una noche de agosto, para reunirnos cualquier tarde en torno a ella, para permitirnos trabajar en la siguiente, para recordarnos que cada vez falta menos para la procesión definitiva... Fue Viernes de Dolores, fue en León. Ya era Semana Santa.

Sábado de Pasión

Recuerdos de Álex J. García Montero

Las edades del papón



El Sábado de Pasión es un día lleno de intimidades que hasta hace no mucho tiempo suponía simple y llanamente un paréntesis entre las emociones maternas de Viernes de Dolores y las ilusiones infantiles del Domingo de Ramos.

Hoy en día el Sábado de Pasión ha encontrado un propio sitio en esta semana mayor legionense, al igual que el resto de días.

No, no sólo voy a hablar de procesiones, aunque sean dos las que jalonaron este día.

La mañana comenzó con uno de los actos más preciados de nuestra pasión. Me refiero a la bajada de tronos que los montadores de Jesús Nazareno realizan durante lustros, desde la nave de Santa Olaja. Al alba, comenzaron a venir esos altares vivientes, tal como los denominara antaño el insigne papón Máximo Cayón Waldaliso. Los montadores de Jesús (también los de alguna cofradía como Angustias) realizaron el esfuerzo titánico de pujar esa pequeña procesión, anticipo de «Los Pasos,» que tiene lugar enfrente de Santa Nonia cada Sábado de Pasión. Primero se encomendaron al Nazareno en la intimidad de las escasas luces encendidas en su capilla, ya adornado para el Triduo que comenzará pocas horas después.

Ya no hay «Land Rovers»; ahora hay modernas furgonetas, pero el espíritu fraternal entre conductores del Ayuntamiento, a los que mando un afectuoso saludo desde estas páginas, y los montadores de las distintas cofradías, mandados por sus jefes, es el mismo. Y es un día que se proyectan en nuestros ojos series de diapositivas en blanco y negro y color: pasos pequeños a los que los montadores se aferraban para darles más peso con el fin de que no se movieran en sus traslados, porrones de limonadas, niños que se saltaban las clases para sujetar flores, escabeches...

Y es que para un montador la funda de trabajo tiene más valor que la túnica negra. El montaje que la procesión. Todo perfecto. Y eso Jesús Nazareno, el Señor de León, lo sabe.

Pero este acto intimista culminó con una buena siesta que hace que el pequeño paponín despertara para acudir a El Ejido. Yo nací allí y de la mano del Obrero, ese «Jesusín currelante» que, con su gubia labrada por Víctor de los Ríos, labró para mí la primera Semana Santa. No era Sábado Santo, a Dios gracias, pero el Sábado de Pasión del año pasado tuve la oportunidad de sentir la mano de mi padre, Rafael García Arranz, llevándome a ver los pasos a la antigua calle General Moscardó –hoy felizmente llamada Víctor de los Ríos-.

Ese paso de las Tres Marías me parecía impresionante, sobre todo desde la pequeñez de un *guaje* fascinado por la magia de la Pasión. Los tambores, las gaitas, las cornetas... una mezcla de colores que se iba envolviendo entre capas de «oleas» con las que esas mujeres, auténticas cruces de guía, abren la procesión para los niños. El año pasado pudimos ver también las pasiones de tierras de pan llevar: la de Tierra de Campos, con el Yacente de Sahagún, y el palio maravilloso de la Soledad bañezana.



Y es que León son muchas pasiones para sentirlas sólo en una semana y el Sábado, cuando la llamada «Procesión de Hermandad» sale de León, El Ejido es la cabeza de este antiguo Reino Leonés por derecho propio. Los hombres del Páramo, de la Valduerna, de Campos, de Cea... vuelven a su gesta heroica de revivir lo que fue mi barrio: las huertas de extramuros de la Catedral. Esas «sebes» que harán que Cristo sienta en la Candamia su particular olivar de carrasca bajo la luz de la luna del Nisán leonés.

Ese paponín de niñez dejó a su padre en casa para irse corriendo a la Plaza de Santo Martino. Ya no era niño. Cambió las «oleas» por cigarrillos pícaros de diez o quince pesetas comprados en kioskos o pedidos a cualquier buen hermano bracero antes de amarrarse a su galera pasional. Sonaban las bandas en ordinaria por la calle Sacramento. Salía el Sacramentado. Ese Cristo de Bronce que nos recordaba que, aún muriendo, Cristo resucitará dentro de poco más de una semana. La magia de la procesión estaba marcada por los sonidos de esas tres espléndidas bandas leonesas: Santo Cristo de la Victoria con sus cornetas celestiales, La Cena, con sus acordes sublimes, y las Siete Palabras con sus pentagramas hechos arte. El primer paso a dos hombros, con alegría. Cristo sonríe para

incorporarse a la vida. El segundo, una Virgen que nos recuerda viejas tradiciones leonesas de la mano de los canónigos de ese templo del saber que San Isidoro; sobre trono carey asentaba la concha de la tradición y la fe. El tercero la Virgen de la Esperanza, con su trono argéntico, proclama que siempre será el amparo de los leoneses.



Que aunque Sevilla en formas, León es ciudad mariana por derecho propio, y desde aquí lo reclamo. Seguí la procesión por el Húmedo y recordé mis viejos amores de adolescencia. Esos nervios tornaron a un cúmulo de sensaciones al oler el incienso y atisbar esos capirotes que apuntaban al cielo leonés en esa tarde noche ya fría. El ímpetu juvenil se

manifestaba con esa bendita estridencia de música de pasión. El Sábado de Pasión supone para el papón su día de año nuevo. Después de la resaca semana santera del Viernes de Dolores, Noche Vieja, qué delicia el oír Al Cristo de los Faroles por la Cena, Oración de la Victoria o La Madrugá de las Siete Palabras, auténticas notas de concierto vienés en un León, donde la ópera se hace calle de rúa y catedral, de bar y judío, de asfalto y adoquín...

El joven impetuoso pasó a rezar a un pequeño convento de religiosas, se dio cuenta que había crecido. Era adulto, mayor. Necesitaba intimidad con su Dios. En las Carbajalas, esas religiosas que junto con las Concepcionistas, fueron y son las primeras paponas que tanto han rezado por los papones, se realizaba un acto que unía más que cualquier raseo al Señor con sus hermanos. Ese Cristo de las Prisiones, el Señor de la Redención, el pastor vasco crucificado, era venerado por los cofrades de la penitencial de rojo y negro junto con las benedictinas de Santa María de Carbajal. Y es que recordando el pasaje evangélico de San Lucas, me acerqué -como prostituta arrepentida- a sus pies. Lo enjuagué con mis lágrimas. Me di cuenta



que el tiempo había pasado. Soy mayor y cada tambor resuena en mis oídos como nana profunda de un ayer que ya pasó, de un presente que se va, de un mañana que vendrá.

Quisiera volver a El Ejido, al Húmedo, al Mercado... y dejar que mi padre, ya difunto, me llevara de su mano. Que me comprara «oleas». Quisiera ser ese joven impetuoso de San Isidoro y Santa Marina. Fumar esperando a mi Cristo de Bronce. Pero ya es tarde, y mañana Domingo de Ramos seré yo el que le lleve a él... en mi corazón. Estrenaré lágrimas de alegría ante la borriquilla. Aunque las fotos sean en color, la Semana Santa, mi Semana Santa seguirá siendo en blanco y negro y peseta. En Obrero y en Nazareno. En Resurrección y Entierro. En los que vienen y en los que se fueron...

El Sábado de Pasión siempre ha sido un día para volver a jugar a ser bracero sobre la «rampla» de San Marcelo imaginando ese día en el que uno será titular de su ansiada imagen. Ha llegado ese día. Y me amarro a mi brazo como hacía con la mano de mi padre camino de mi Parroquia de Jesús Divino Obrero. Él fue mi primer titular.

Hoy vi a mi padre

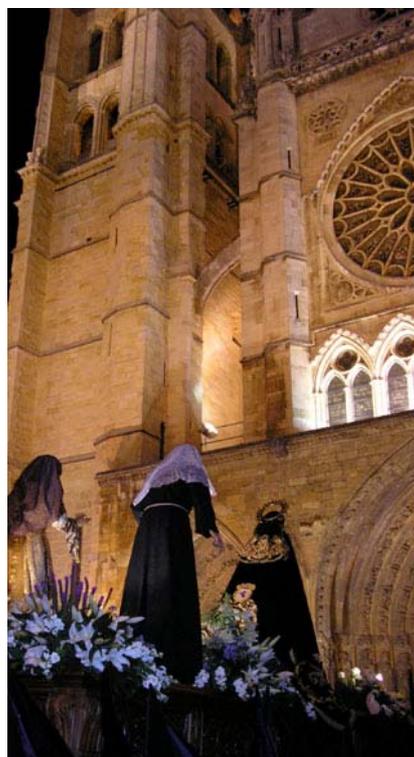
(a mi padre, Rafael García Arranz)

Hoy vi a mi padre dándome su mano
que aunque difunto enamorado
llegué al corazón de arrabales
gracias al Obrero de sentimiento.

Vi a las Tres Marías de negro paño
sobre hombres buenos de morado
para librarnos todos los males
con sus lutos negrando el viento.

Llegué a la Pulcra Leonina en vano
pues mi padre no era más que hado
lo busqué por rincones y partes
el hastío me tornó lento.

Hoy vi a mi padre del todo ufano
lo sentí en mi piel resucitado
junto a soldados romanos leales
con los buenos hombres en ciento.



Domingo de Ramos

Recuerdos de Purificación Gómez Valero

Alegría y tristeza

“El último domingo de Cuaresma que da principio a la Semana Santa”; así lo define el diccionario de la Real Academia Española.



En León, y para los leoneses que viven la Semana Santa, es un domingo lleno de sentimientos encontrados. La mañana se muestra alegre, vivaz, encendida por las sensaciones gratificantes, las sonrisas... la esperanza. Al caer la tarde las miradas observan la pena y la tristeza de la vida de un personaje especial, Jesús de Nazaret.

La Historia nos relata que ese domingo empieza con una fiesta de bienvenida al Profeta. Su entrada en Jerusalem es recibida con cánticos de “Hosanna” (exclamación de júbilo usado en la liturgia católica que corresponde a la expresión judía de la frase hōsanna, salvamos te rogamos, que los judíos dirigían a sus profetas) y que la multitud repitió a Jesús.

Un hombre joven que, nacido en Belén de Judá, se inició en las riberas del Jordán después de un prolongado ayuno en el desierto de Galilea. Recibió el bautismo de Juan y logró un buen número de discípulos, incondicionales de sus parábolas y sus hechos, curaciones o milagros. De ellos, “doce” fueron los elegidos que le siguieron y se convirtieron en testigos de la misión iniciada por el llamado “Mesías” (del hebreo mēsiah, ungido).

De este modo, la vida de Jesús, en ese Domingo de Ramos, comienza su cuenta atrás.

Subido en una borriquilla, entre batir de palmas y cánticos de salvación, Cristo entra en Jerusalem triunfante, como un rey salvador. Pero también comienza su calvario, ya que sale como un rey vencido, camino del Gólgota para ser crucificado entre ladrones, tras la burla y el escarnio de los soldados romanos. Poncio Pilato

intentó salvarlo, pero temeroso y presionado, cumplió la condena a muerte en la cruz. No sin antes lavarse las manos para no ser cómplice del asesinato de un inocente al que las autoridades religiosas, Anás y Caifás, veían como un peligro para su poder.

Pero volvamos a ese Cristo alegre y feliz, aupado en la borriquilla, entrando en Jerusalem. Aclamado y acompañado por la multitud en una mañana radiante...

Nuestra ciudad, León, también estaba espléndida este Domingo de Ramos de 2007. El sol brillaba acogiendo y abrazando así a los leoneses que salían a la calle, en un día de primavera, para cumplir con la tradición de una jornada de fiesta y júbilo.



El paso procesional de "La entrada de Jesús en Jerusalem", iniciaba su recorrido desde San Isidoro a hombros de los papones que lucían traje oscuro y corbata (algunos hasta gafas de sol) para llegar a la plaza de San Marcelo donde debían comenzar los primeros actos programados de una nueva jornada semanasantera.

En las calles, los más pequeños agitaban sus palmas rizadas, acompañados por sus padres y abuelos se convertían en los protagonistas de todas las miradas. Y ¿por qué?

Porque la nostalgia por los viejos recuerdos de nuestra niñez volvían a nuestras mentes.

Lo primero que se me vino a la cabeza fue el dicho popular: "quien no estrena el domingo de ramos, no tiene ni pies ni manos". Y me iba preguntando mientras me encaminaba al encuentro de *la borriquilla* si ahora, en estos tiempos, algún empresario sabría lo que cuentan las crónicas leonesas, que allá por el año 1925, una zapatería aplicó el refrán a sus ventas y llegó alcanzar la friolera de 300 pares vendidos. Entre sonrisas y comentarios con mi amiga Nieves, llegamos a la plaza de Las Palomas.

Las primeras filas estaban llenas, los lugares preferentes ocupados para ver el cortejo. Había mucho movimiento, pero también mucho color, se respiraba aire de fiesta. Las caras estaban contentas, las

sonrisas se repartían con agrado. Pero la vista me llevó a los aleros de las casas, allí estaban ellas, las palomas, vigilantes como testigos mudos de una tradición que todos sentimos tan nuestra, creyentes o no.

El paso de "La Borriquilla" ya estaba en el lugar adecuado. Todos habían llegado. Las autoridades civiles y eclesiásticas, los fotógrafos y



los periodistas, que buscaban plasmar esos planos para dejar constancia de los presentes y los ausentes.

La Corporación Municipal vestía sus mejores galas y cruzaban su pecho con la banda representativa del cargo. Pero no eran los únicos protagonistas, había otras: las palmas. Se alzaban esbeltas y se convertían en emer-

gentes símbolos. Sentía que eran los aplausos silenciosos que envuelven al Señor en el inicio del camino. Un camino de la vida a la muerte y de la muerte a la vida eterna

El señor obispo, Julián López Martín, les entrega las palmas como representantes del pueblo a las autoridades asistentes, encabezadas por el señor Alcalde. Cumplido el trámite y tras la primera alocución litúrgica, propia del momento, comienza la procesión. Su itinerario habitual nos guiará a la Seo, a la Pulchra Leonina, donde tiene lugar la eucaristía.

Este año acudieron a la cita del Domingo de Ramos, el ex presidente de la Junta de Castilla y León, Juan José Lucas y el ex diputado nacional leonés, Manuel Núñez Pérez. Ambos portaban sus palmas y ocupaban un lugar privilegiado en el cortejo. Alcalde y concejales engalanados para la ocasión eran el punto de mira de los que ven pasar la procesión. Es en ese momento cuando me llama la atención el atuendo poco apropiado de alguna concejala, que a tenor de los comentarios que oía a mi alrededor no era el más apropiado, ni por el largo de la falda ni el alto de los tacones. Pero ya se sabe, en el castigo va la penitencia.

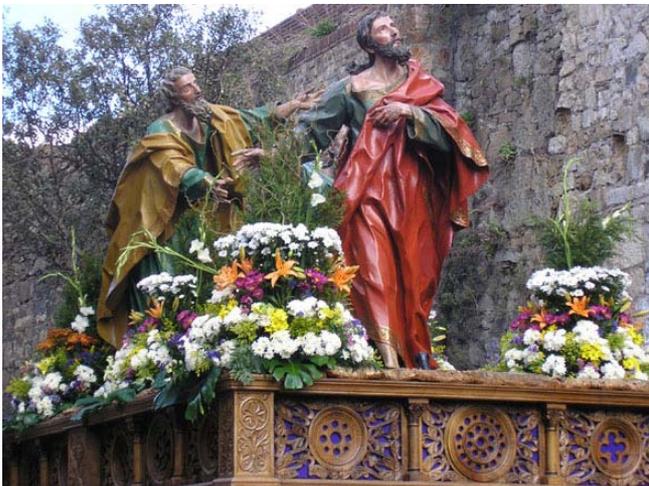
Pero todo estaba saliendo como mandan los cánones. Mucha gente, muchos niños, mucha familia. El tiempo acompaña y la procesión continúa su camino.

Aunque la felicidad dura poco en casa del pobre. Y tras la misa, el paso procesional que descansaba (sin vigilancia) a la hora de la comida, se convirtió en diana de las intenciones de una mujer que, no encontró nada mejor que hacer que subirse al trono, dañando una de las patas del animal y uno de los dedos de las manos de la figura de Jesús.

Esta es una de las anécdotas de la jornada que también contó con los bolardos como buenos obstáculos a sortear por los papones que pujaban el paso. No parece muy entendible, pero les aseguro que es veraz. (Pueden repasar los periódicos y ver las fotos).

Quisiera dejar constancia en este punto de otros actos de la mañana, como la procesión de ramos que organiza la Cofradía del Perdón por las calles de su parroquia. Allí se dan cita no solo sus cofrades y parroquianos, sino otros vecinos que acuden manifestando su apoyo y hermanamiento con los actos programados por los hermanos ferroviarios. Todo ello es la constatación de un deseo común de fe vivida en familia, muy digna de destacar.

Vuelvo a casa con una ilusión especial, con un sentimiento de paz en mi corazón. La mañana tocaba a su fin, pero mis recuerdos de infancia conjugados con lo hoy vivido me crean una gran expectación para lo que me queda por ver y sentir esta tarde.



La cita comienza a una hora muy taurina, las cinco de la tarde, con la cofradía del Gran Poder que acaba de salir de las HH. Trinitarias y que se convierte en la primera procesión de la tarde. La gente, entre charlas animadas y las tradicionales pipas que matan la espera,

ya está situada en la calle Ancha. Allí espero la llegada de esos papones con túnica y capillo negro, bordes ribeteados con cordón plateado. La cofradía se funda en 1994 y la iglesia de San Lorenzo es su sede.

A los hermanos y hermanas de Gran Poder les espera una larga tarde. La carretera de Los Cubos, Puerta Castillo, San Isidoro,... buscando el casco antiguo en esos pasos acompasados de un lado a

otro, al son de las marchas que sirven de guía y fuerza para seguir adelante. Por Varillas, Cardiles, Platerías, Plaza Mayor... buscando la imagen más bella de León: la Catedral.

Majestuosa, esbelta y autoritaria. Pero serena y airosa parece envolver con sus brazos el itinerario de esta cofradía del Cristo del Gran Poder.

Sus cinco pasos: "Apóstoles", "Oración en el Templo", "Cristo del Gran Poder" (su titular); "San Juan" y la "Virgen del Gran Poder" caminan ofreciendo una especial mirada de la Semana Santa Leonesa.



Más de 400 braceros-as mecen estas cinco tallas por las calles de León, aportando al Domingo de Ramos una visión distinta en cuanto a sus figuras se refiere. Sus movimientos y sus rostros no dejan a nadie impasible. Gustan o no. Pero no es menos cierto que se distinguen fácilmente los cinceles de donde han salido.

Su Virgen bajo palio que cierra la comitiva inspira en mí un sentimiento de armonía entre madre e hijo. La impresión de lamentos callados de una mujer que doliente acompaña al hijo hacia un final que presiente cerca.

Con esas emociones en el alma y como si aun necesitara sentir en mi ánimo algo más, me encamino a la Plaza del Grano. Dejando a mis espaldas a la Catedral que parece empujarme hacia el silencio del *Dainos*.

Antes de seguir este relato, les invito a que cuando estén viendo una procesión, fijen su vista en las miradas de las figuras. Busquen sus ojos..., entablen esa conversación que alguna vez dejaron de tener con un ser querido. Y sentirán algo que es imposible de describir.

Mi siguiente objetivo la procesión del Dainos. Organizada por la Orden Franciscana Seglar y la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio, comienza su andadura desde la Iglesia

conventual de San Francisco el Real con un único paso: "Jesús Nazareno, El Dainos".



Los calificativos de seriedad, rigor o celo van parejos a este momento. No en vano la palabra silencio se une a su denominación; un sumando que se agradece por buena parte del público y que contagia emoción a su paso por las calles de León.

Su denominación del *Dainos* está en referencia al cántico y rezo del santo rosario de la buena muerte, que en su es-tribillo entona: "danos Señor buena muerte" al son de las tabletas y del coro de mujeres enlutadas que acompaña a este Cristo labriego y nazareno "con porte campesino y rostro ensangrentado" como dice un poema de Eduardo Álvarez Aller.

Destacaría el Encuentro de este Nazareno con la Virgen de las Lágrimas de la Cofradía de Angustias en Santa Nonia. Es numeroso el público que se da cita para regocijarse de tan bella estampa. Seguro que alguna lágrima furtiva resbala por su rostro.

La plaza del Grano es un hervidero el domingo de ramos, su encanto especial concita a los leoneses y sus amigos llegados para la ocasión. Su empedrado, su fuente..., aun parece oler a pan reciente como antaño. Porque aquí se celebraba el mercado del pan.

En la plaza se hace presente la iglesia de la Virgen del Camino "La Antigua", levantada por los francos sobre un solar consagrado a Júpiter (según cuenta la historia) y donde podemos encontrar la Cruz de la Aparición. Si uno presta atención a los mayores, escucha contar a los nietos como por



esos empedrados corrían ellos de pequeños o iban y venían de tal o cual recado. Sus soportales guardan un encanto y sus bares una limonada fresca para mojar la garganta, ya seca a esas horas de la tarde-noche.

Repuestas las fuerzas, se busca un buen lugar frente al portón de las Carbajalas (si es posible) para ver la salida de la última cofradía del Domingo de Ramos: La Redención.

El convento de las MM. Benedictinas (Carbajalas) es el punto de partida de la Cofradía de "Nuestro Señor Jesús de la Redención". En su interior se esconden los tres pasos que están listos y pendientes de una señal para vivir el gran momento. Las calles más angostas del Barrio Húmedo esperan el sonido de las horquetas que junto al raseo de los pies de los braceros mecen la tristeza de la noche leonesa.



Tres golpes secos en el portón del convento y el sol deja paso a una luna que atenta seguirá a los hermanos por ese peregrinar tortuoso y quebrado. Austeridad mortificada y penitente. Sobriedad templada y cálida. Silencio solo roto por el ruido de las horquetas, definen esta procesión solo de hombres.

Reseña especial es su imaginería. El valor de sus tres pasos merece un apunte. Comenzaré por:

"Nuestro Padre Jesús de la Redención": talla perteneciente a la escuela vasca y titular de la cofradía, llega a nuestra ciudad desde la cárcel de Nanclares de Oca.

Su visión nos conforta al poder admirar una talla al más puro estilo de los pasos firmados por los más grandes maestros de la imaginería española.

“Nuestra Madre de la Divina Gracia”: una talla de bastidor realizada por Valentín Yugueros en 1994. Llama la atención su traje y manto de luto, típico leonés.

“Nuestro Padre Jesús de la Misericordia”: un Ecce Homo, atribuido a Pedro de Mena, (S.XVII).

La cofradía de La Redención añade a la semana santa leonesa elementos de la cultura tradicional. Es su aportación a la representación de la Pasión de Nuestro Señor. El acompañamiento de esas mujeres enlutadas al más puro y sobrio estilo leonés, deja una identidad difícil de olvidar.

Este 2007 los ojos de los cofrades y del pueblo leonés estaban en el Crucificado, dada la restauración llevada a cabo en Madrid y pagada totalmente por la cofradía.

Sus papones y braceros de túnica negra con bocamangas, capillo rojo y cingulo simple sin bordones, llevan el emblema en la parte izquierda del pecho: una sencilla cruz con corona de espinas y tres clavos en la base cruzada por dos palmas. Incensarios, navetas, tambores, adornos florares... dan forma al cortejo de las tres citadas tallas. Un riguroso y sepulcral silencio se hace patente. Ya está en la calle, La Redención.



Caminan con ellos el pueblo leonés que se impregna de recogimiento y respeto. Agradeciendo, yo por lo menos, su gusto austero y su sobria manera de entender la conciencia penitencial de la Semana Santa. El respeto por lo que representan bajo cada capillo y sobre sus hombros.

También quiero destacar que este 2007, la talla de “Nuestra Madre de la Divina Gracia” aparece sin palio en su trono y con corona ducal.

Ella corteja y acompaña a su Hijo en ese paseo por el León penitente que, un año más, asiste expectante y fiel a sus procesiones.

Nadie mira el reloj. Los más pequeños parecen hechizados ante el paso de las tallas, sólo algunos preguntan. Pero lo hacen bajito. Parece como si no quisieran deshacer el sortilegio creado.

La mirada puesta en ese manto que cubre y embellece la talla de la Virgen en su empinada subida por la cuesta de Las Carbajalas nos hace levantarnos sobre nuestras punteras, hasta verla doblar la esquina.

Las huellas del último paso del domingo son de paz, tranquilidad y quietud de ánimo.

Abandono la plaza del Grano, cuando aún resuenan los acordes de la banda en el cielo leonés, como plegaria y ruego de esas peticiones hechas. "La Saeta" de Serrat y los versos de Machado son mis compañeros de viaje. El cantar de un pueblo que todas las primaveras echa flores al Jesús de la Agonía, la fe de sus mayores.



Sin duda una jornada intensa, llena de luz y de tristeza. De paz y armonía; de lamento y belleza.

Gracias a los que un día, me pidieron que mirara el Domingo de Ramos para contarlo a mi manera. Gracias a todos los que leáis esto, por el mero hecho de hacerlo. Y mil gracias por dejarme contaros lo que sentía mi corazón de papon de acera.

Un abrazo, y mi agradecimiento a todos y cada uno de vosotros-as, que hacéis posible las vivencias de la Semana Santa. Es uno de los momentos más íntimos y especiales que una persona puede vivir consigo mismo y su conciencia.

Lunes Santo

Recuerdos de Xuasús González

A carreras

Inmersos ya en la Semana Santa –que poco a poco se va esfumando ante nuestros ojos–, y a sabiendas de lo que aún quedaba por venir, *pintaba* bien el Lunes Santo para destinar buena parte de la mañana a compartir estos *recuerdos* con el mismísimo Morfeo.

Pero no fue posible. Una bocina –y no precisamente de Semana Santa– me estuvo *rondando* al menos un par de minutos bajo la ventana, por lo que no tuve más remedio que levantarme.

Marcaba el reloj las nueve de la mañana. Y poco más de media hora después cerraba la puerta de mi casa camino de... cualquier lugar donde disfrutar de la Semana Santa. Era Lunes Santo.

Con *Papones de acera* en el bolsillo –y así poder seguir las *Pistas para no perder detalle*–, la cámara de fotos y la libreta ‘horquetera’, bajaba a la calle sin saber qué tiempo me iba a encontrar. No había mirado antes por la ventana.

Al salir a la calle y ver el suelo mojado y el cielo encapotado, sentí un escalofrío. Pero confié en que el tiempo respetara. Primera parada: Santa Nonia.



La Virgen de las Angustias, el Nazareno y la Piedad de Minerva comparten protagonismo en el templo más cofrade de la capital. Y sus respectivos montadores se encargan de que todo esté preparado para la salida procesional de por la tarde.

La novedad era el bajotrono que estrenaba la ‘perla’ de Angustias –quizás su acabado no fuera como me lo había imaginado–, que venía a sustituir al terciopelo negro, manteniendo el trono dorado salido del taller de Víctor de los Ríos.

Con un “hasta luego” me despedí de Santa Nonia para hacer un paréntesis en lo cofrade. Quiso el destino que el Lunes Santo fuera, en este 2007, día 2 de abril, coincidiendo así como el séptimo cabo de año de mi padre. Mis *Recuerdos* de este día son, por tanto, especiales.

En la parroquia de San Claudio, pues, asistí junto con mi familia a la eucaristía que así lo rememoraba, manteniendo una breve –pero intensa– ‘conversación’ con el Cristo de las Bienaventuranzas, que ocupaba su lugar en el lateral del templo.

Finalizado este impás, volví a introducirme en la vorágine cofrade, y mis pasos se encaminaron ya hacia la plaza de San Marcelo para observar de cerca, como cada año, los pasos que la Hermandad de Santa Marta procesionaría en su Rosario de Pasión. Pero no estaban.

Aún con una sensación de extrañeza –y mirando de reojo, por si se veían aparecer las imágenes–, me encaminé hacia las Carbajalas. Sería mediodía. Y, ahora ya unido a otros ‘horqueteros’ –alguno recién levantado tras cientos de kilómetros en carretera–, nos dispusimos a visitar al Cristo de la Redención que se preparaba para su Via Crucis vespertino.



Tras las correspondientes limonadas, y a una hora nada temprana, nos retiramos a reponer fuerzas, no sin antes echar un último vistazo a Santa Nonia.

Nada más comer ya estaba de nuevo en la calle. Iba a ser una larga jornada, cierto, pero los nervios me *obligaban* a exprimir el tiempo al máximo. Y así lo hice, de nuevo compartiendo estos momentos con hermanos de La Horqueta, juntos ya hasta dar por finalizado el Lunes Santo.

Ahora sí pudimos observar de cerca los pasos que participarían en el Rosario de Pasión de Santa Marta, repartidos entre el Palacio de los Guzmanes y la iglesia de San Marcelo para resguardarse de las posibles inclemencias meteorológicas.

De nuevo volvimos nuestros pies hacia Santa Nonia, y antes de llegar –sobre las 18:00 h.– vimos el primer papón del día. De Jesús. Y, un cuarto de hora más tarde, una finísima llovizna hacía saltar todas las

'alertas'. Pero, afortunadamente, no fueron más que falsas alarmas, y el tiempo respetaría todas las procesiones del Día.



Desde las 18:30 h. la llegada de papones a Santa Nonia fue constante –la banda de Minerva hacía su aparición en ordinaria hacia las 19:00 h.–, y la última jornada del triduo a Jesús Nazareno –que comenzaba a las 19:30 h.– tuvo lugar, como es habitual, con una iglesia de Santa Nonia en la que no cabía nadie más.

Eso sí; seguían llegando cada vez más y más papones que literalmente invadían los alrededores del templo, mientras el tráfico aún no había sido cortado.

Por fin llegó el gran momento. La primera procesión iba a salir a la calle de un momento a otro. La cruz de guía de Angustias asomaba ya a la puerta.

El reloj marcaba las ocho de la tarde. 50 minutos más tarde eran las representaciones las que abandonaban Santa Nonia, cerrando así el cortejo procesional.



Y entre la cabeza y la cola, pudimos –no sin dificultad– adentrarnos en la capilla, cuidándonos mucho de no estorbar, para ver la procesión desde una óptica un tanto diferente. Pero realmente gratificante, dicho sea de paso. No se hacen los lectores a la idea –créanme– de lo que impresiona ver la iglesia vacía en esos momentos.

Es la de la Pasión una procesión un tanto caprichosa, formada por tres pasos: primero Cristo muerto (Virgen de las Angustias), luego Cristo vivo (Nazareno) y, por último, de nuevo Cristo muerto (Piedad). No tiene –quizás– demasiado sentido en la calle, más que querer recordar el antiguo cortejo del Pregón.



Con el tiempo justo nos dirigimos después a las Carbajalas –congregación que ‘suena’ de por sí a Semana Santa–, de donde salía el Cristo de la Redención camino de la vecina plaza del Grano para celebrar su Via Crucis procesional.

Las campanas del Mercado tocaban ‘a muerto’, y los hermanos de rojo y negro escoltaban con sus antorchas a un Jesús que brillaba con luz propia tras su restauración.

Poca gente en la plaza –le falta ‘algo’ al escenario– observaba cómo Jesús avanzaba, seguido de cerca por un puñado de fieles y al ritmo de un

tambor ronco, para recorrer un Via Crucis que dirigía Argimiro Alonso, consiliario de la cofradía.

Durante nuestra presencia allí, necesariamente breve, el sonido de las bandas de la procesión vecina nos anunciaba que León entero había sido *tomado* por los papones.

Y ello nos empujó –tras un par de estaciones– a dirigirnos hacia la calle Juan de Arfe, por donde transitaba ya la cofradía del Sepulcro. Eso sí, antes pasamos por la Catedral para presenciar de nuevo los tres pasos de la procesión de la Pasión.

En Juan de Arfe, pues, la estrechez de la calle, unida a la parihuela del Cristo Esperanza de la Vida –que permite ver la imagen de Marín Mor-te de cerca– hace de esos momentos algo especial. Merece la pena vivirlos.

Nada tiene que ver esta situación con el paso del cortejo, por





ejemplo, por la precedente plaza de San Martín, en donde el bullicio de la gente desluce bastante la procesión.

Desde allí nos dirigimos de nuevo hacia la *Pulchra leonina*, donde la Hermandad de Santa Marta 'enfilaba' ya la calle Ancha para finalizar el Rosario de Pasión.

Mención aparte merece la Agrupación de La Cena, que con su música eleva a la n-ésima potencia la vistosidad del cortejo. Merece la pena seguirla un rato, y así lo hicimos.

El rezo de las letanías a la Santísima Virgen ponía, en las inmediaciones de San Marcelo, el punto final a la oración hecha procesión, y con ello, a nuestra agotadora jornada que bien define el título elegido para estos *Recuerdos*.

Ya de retirada, y tras un último vistazo rápido a Santa Nonia para despedirnos con un "hasta mañana", nos fuimos a la cama cruzándonos –eso sí– con un buen número de papones que apuraban ese tiempo especial que sucede a una procesión.



Por mi parte, di por finalizados mis recuerdos del Lunes Santo mezclados con los sueños de un Martes que, sin querer, ya iba anunciando su aparición.

Martes Santo

Recuerdos de Eduardo Álvarez Aller

Perdón ferroviario, Via Crucis leonés, Soledad y Dolor

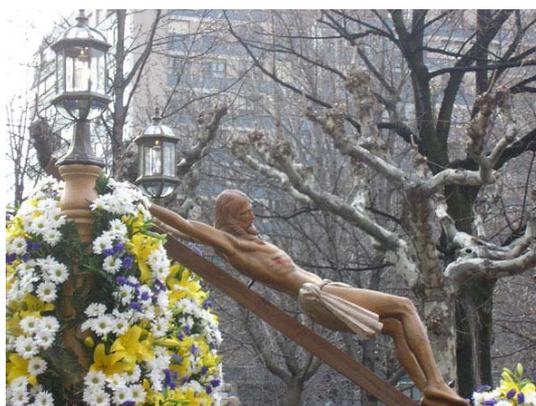


Martes de Perdón. Martes de Dolor de Nuestra Madre. Martes de Vía Crucis con sabor de antaño. Martes Santo.

A media tarde la lluvia hizo acto de presencia, de forma esporádica, en nuestra Ciudad, hecho que hizo intranquilizarse a no pocos que revestidos con su túnica ferroviaria contaban los minutos desde el patio de las "Hermanitas". Pronto se comenzaron a oír diferentes bandas que llegaban en ordinaria para acompañar a la Condena, al Cristo del Perdón, al Cristo de la Esperanza y a la Madre de la Paz. La

amenaza de agua estaba ahí, pero conforme iba saliendo la procesión el sol se abrió entre los, aún, árboles desnudos del emblemático jardín de San Francisco.

Mucha cera y muchos devotos cortejaban, como de costumbre, al Cristo del Perdón, en su camino hacia el Locus Apellationis de la Seo leonesa. El tintineo de la esquila, la túnica y una cruz, portadas por dos hermanos, nos anunciaban la inminente liberación de un preso. Todo un barrio llena las calles de esta antigua Ciudad y



toda ella aguarda en la Plaza de Regla, a la espera de que se cumpla el fin primordial de esta Cofradía.



Sin movernos del entorno de San Francisco asistimos a la, siempre emotiva, salida de una procesión de la capilla de Santa Nonia. Unos momentos antes se pudo vivir una auténtica ebullición de hermanos con corazón orlado en oro, Angustias

y Soledad, movimiento de cruces, pendonetas, faroles... mientras que la formación musical de las Siete Palabras llegaba en ordinaria por la calle que recuerda a la abnegada esposa del Santo Patrón de León, Marcelo.



Cumpliendo los horarios, el cortejo mariano irrumpió en la milenaria urbe, encabezado por la Virgen de las Lágrimas y seguida por las titulares de la penitencial, la Virgen de las Angustias y Nuestra Señora de la Soledad. Es una procesión sencilla aunque con una destacable participación de papones y paponines de filas, pero que puede ser diferente en función del lugar y la hora donde se presencie.

El que esto escribe, sin salir del entorno ajardinado de San Francisco, se dirigió a la iglesia conventual de los PP. Capuchinos. Allí tendría lugar un acto más íntimo pero que recoge la esencia de la Semana Santa de antaño, cuando las celebraciones prácticamente se ceñían a lo litúrgico y tenían su encuadre en los templos.

Estamos hablando del Vía Crucis Tradicional Leonés Cantado, organizado por el Santo Cristo de la Expiración y del Silencio, en el que colabora un coro interpretando cantos populares recogidos en Villalobar. Impresiona el deambular de un Crucifijo, acompañado por los ciriales correspondientes, a través de las catorce estaciones distribuidas a lo largo de la iglesia. Cada estación aparecía representada por una gran cruz de madera, portada por un hermano de la penitencial, ataviado con la túnica y cubierto con el capirote.

La puesta en escena es excepcional al igual que el canto que sobrecoge. Como manifestación popular que es de la religiosidad, el acto concluyó con el devoto besapié al Santísimo Cristo de la Expiración que presidió el Vía Crucis desde las gradas del altar mayor.



Si en las horas vespertinas, con las últimas horas del sol, el centro de la jornada es San Francisco y sus inmediaciones, con la caída de la noche nos debemos de encaminar hacia el entorno de la Plaza de San Marcelo.



A pesar de la multitud, conseguimos ubicarnos en la esquina del Ayuntamiento y con un telón de fondo magistral, la parroquia de San Marcelo y la modernista sombra de Gaudí, contemplamos de nuevo el discurrir de la carrera del Dolor de Nuestra Madre. De esta forma podemos comprobar que con la oscuridad es una procesión diferente, sobre la que destaca la tenue luz de los faroles y la iluminación de los conjuntos escultóricos. La noche da un empaque especial a esta procesión que

incluso nos hace reflexionar en cómo serían las procesiones de la penitencial allá por el siglo XVI.

Poco después por la calle Ancha desciende, desde el punto más alto de la capital, el cortejo penitencial del Perdón y nuestros pasos se detienen ante la capilla del Cristo de la Victoria y nos hacen contemplar la mirada misericordiosa del Santo Cristo del Perdón. Al mismo tiempo, a pie de calle una saeta eleva sentidas plegarias hacia el Cristo aunque parece romper los rasgos de una Semana Santa que contradictoriamente no los tiene definidos.



La austera climatología leonesa se comportó y nuestra oración hacia el Cristo del Perdón, Nuestra Señora de las Angustias y el Santísimo Cristo de la Expiración fue que se mantuviera así el resto de la Semana más señera para nuestro León.

Miércoles Santo

Recuerdos de Javier Antón Cuñado

*Veo el Amor pasar,
la oración que quiso ser
saludo,
las heridas
que el hombre había olvidado,
compromisos de ayer que hoy renacen,
un saludo que pesa
y que nos pesa
en la noche que cubre nuestra vida.
Mudo esta vez,
muda la imagen
y es tu grito,
mudo en el sueño que regresa
a las calles que esperan tu llegada
para alzarte en la cruz
y crecer contigo,
para ocultar tu voz
al ritmo de **la horqueta**.
Libres al fin somos
en la certeza que hoy amamos;
aprendiendo en tu rostro
y en tu cruz
cómo es el dolor y cómo es nuestro cielo.*



Cae abril nocturno del miércoles de Pasión de 2007 sobre la ciudad de León. Sobre las cabezas de la multitud apretujada, el grito seco del cornetín y ronco eco del tambor que sustenta el balanceo del Cristo de Medinaceli saliendo de la iglesia conventual de San Francisco.

Cristalizada en el instante cumbre de intensidad, la figura de la escena recupera el prestigio misterioso de la infancia, la enigmática seducción de los relatos de pasión y muerte enquistados en la memoria colectiva.

Cualquier teoría eficaz de las procesiones presupone, sin duda, una mirada capaz de captarla tal como se presentan éstas: una manifestación piadosa sustentada en la tradición, el mérito artístico de los pasos, cierto valor turístico. Mas, sin dejar de ser eso, las procesiones son otra cosa que conviene poner de relieve. Es conveniente explicar la relación entre el valor y la belleza de los pasos y la efectividad del espectáculo de las procesiones. Ni la costumbre, ni el cariño, ni el conocimiento de los detalles, resultan tan eficaces como una nueva forma de mirar.



No debemos buscar la clave de la eficacia de un espectáculo en la perfección del objeto artístico, sino en el modo en que se ha convertido en objeto sagrado. Ello nos debe llevar a mirar de otra forma las procesiones. ¿Cómo explicar el éxito de los desfiles procesionales en una época de creciente laicismo? Que la procesión es una forma de representación es evidente; pero qué representa exactamente: ¿la Pasión de Cristo?; ¿el arquetipo del sacrificio de Cristo?; ¿la piedad que despierta en una ciudad católica la memoria de esos hechos?; ¿la exhibición del poder social de la Iglesia?; ¿la exhibición del poder social de las cofradías; ¿el recuerdo de una Semana Santa barroca desaparecida, pero extraordinariamente hermosa?...



En las procesiones podemos encontrar diversos elementos devocionales. Sin duda, la procesión representa un momento de la Pasión y Muerte de Cristo o de las circunstancias que lo rodearon. La Pasión aparece en múltiples planos, siendo el más llamativo el paso. No obstante hay un sinfín de alusiones que acompañan, reflejan y reafirman la imagen central: emblemas del suplicio (cruz, clavos, corona, lanza, dados, etc) presentes en guiones, estandartes, túnicas, insignias; pasando por la identificación de los penitentes portadores de cruces con la marcha de Cristo hacia el suplicio; hasta el tono entre el cortejo funerario y desfile del condenado que adopta toda la procesión, subrayado por la música, el incienso, etc.

La imagen, no cabe duda, es un icono cargado de energía, en el que se mezclan los efectos artísticos de realismo, dramatismo y belleza de la escultura. Hay imágenes devocionales y pasos de varias esculturas, más orientados al asombro y a la teatralidad. Las esculturas de los pasos representan los episodios de la Pasión de forma realista, no simbólica, acentuando los detalles del dolor físico.

Por otra parte, en las procesiones participa activamente un número de personas muy superior a lo que las encuestas sobre las prácticas religiosas en España permiten esperar. Este hecho aún es más sorprendente en el caso de los jóvenes, seguramente el grupo más afectado por el creciente laicismo, y también el que parti-



cipa en mayor proporción en la Semana Santa. Personalmente creo que el examen del lado teatral de las procesiones puede contribuir a iluminar un ángulo de esa paradoja. Y no basta invocar la tradición, dado que en lugares donde hasta hace bien poco las procesiones constituían un fenómeno marginal, se observa hoy en día un crecimiento difícil de explicar.

Hemos de tener presente que el ritual de la Semana Santa presenta peculiaridades desde una perspectiva teatral: interacción entre actores y espectadores. El análisis de los momentos de entrada y salida de las imágenes de la iglesia resulta clave. Son acciones de gran solemnidad. Parte del encanto de la procesión deriva de la sensación de vida que adquieren las esculturas con el movimiento. Los hachones, las insignias, la banda de música, los mismos papones, adquieren sentido cuando aparece en medio de ellos la imagen que les permite representar a la cofradía alumbrando el paso de la cofradía. La fascinación de la imagen no aminora con el esplendor de la cofradía, sino todo lo contrario, la cofradía adquiere prestigio con el poder dramático de la imagen. Ocurre lo contrario en el caso de esculturas de escaso valor, que llevan a una devaluación de la cofradía. Debe existir un equilibrio entre paso y cofradía.



Igualmente hemos de considerar que las procesiones son un fenómeno de inagotable riqueza que puede ser abordados desde múltiples perspectivas sin que por ello disminuya un ápice su interés. Se puede analizar su evolución histórica y las invenciones y relecturas de la tradición; el aspecto turístico; los aspectos religiosos o artísticos; la antropología de las cofradías, etc. Pero la vertiente de lo que hay en la procesión de espectáculo, de teatro, muestra aspectos no menos interesantes.

El análisis del lado teatral de un fenómeno que sucede en la calle y transforma, por unos días, la vida de la ciudad, permite enlazar el análisis de la Semana Santa con un aspecto crucial de la sociedad contemporánea. Vivimos en una sociedad donde los acontecimientos políticos, deportivos, culturales y religiosos, no son simplemente difundidos a través de los medios de comunicación, sino que son organizados, puestos en escena, precisamente para los medios, es decir, son teatralizados. Los medios de comunicación determinan su dramaturgia y los convierten es espectáculos, en acontecimientos.

La Semana Santa constituye un fenómeno aún más complejo y más rico como campo de análisis: la puesta en escena como drama. Pero no hemos de olvidar que el teatro se define como algo que alguien hace para otro que mira. Es la mirada, la atención del espectador la que crea el espectáculo, la expectación que la envuelve. Aún hoy en día los espectadores se aprietan en las aceras para volver a ver un espectáculo que han presenciado decenas de veces y en el que no son demasiado los llamativos cambios de un año para otro.



Para explicar la Semana Santa, aparte de la fuerza de la tradición y lo que en ella hay de identificación con la ciudad, con la cofradía o con lo que ésta representa, hay que recurrir a todo lo que la Semana Santa encierra de ceremonia estacional, de rito de paso asociado a la

renovación primaveral, y, sobre todo, a lo que de catharsis tiene el espectáculo.

Y ciñéndome a la Semana Santa Leonesa deseo indicar que tiene un discurso de contrarios que no aparece como contradictorio. Por una parte es antigua, tradicional, y por otra es moderna y actual. Siempre antigua y siempre nueva, o al menos renovada en el presente.



Mas el reconocimiento de la vitalidad de la Semana Santa Leonesa no debe impedir que se adviertan algunos peligros que amenazan el espectáculo. Si la medida más beneficiosa de los últimos años para las procesiones ha sido la incorporación de las mujeres como paponas, hay otras que están seriamente perjudicando. Se percibe una tendencia en algunas cofradías, año tras año, a romper el equilibrio entre los componentes de la representación que integran la procesión, subrayando excesivamente el papel de la cofradía frente al paso.

Se percibe así la influencia de otras formas de organizar la Semana Santa mucho más centrada en la cofradía y donde el bajo nivel artístico de las tallas hace imposible el equilibrio conseguido, años atrás, en los desfiles procesionales leoneses. Alguien debería convencer a algunas cofradías de la conveniencia de frenar su excesivo afán de protagonismo en favor de una concepción más general de la Semana Santa, concepción que ha permitido surgir a una de las ceremonias más hermosas y originales que se pueden contemplar en España a comienzos de la primavera. Tengamos presente que la cofradía no es una simple portadora de imágenes de la Pasión. El auténtico objeto de la representación es la cofradía y la imagen es una de sus insignias, ciertamente la más importante.

Otro aspecto negativo, ha sido el excesivo poder de intervencionismo que algunas cofradías han dado a ciertos "artistas inspirados por el aleteo divino". Los efectos, sin comentarios, están a la vista de todos.

Como consecuencia hemos llegado a la pérdida de valores artísticos que han sido importantes en la historia de nuestra Semana Santa y que bien merecían formar, hoy día, parte de los fondos museísticos de ese tan traído y llevado MUSEO DE SEMANA SANTA. ¿Dónde están

las obras: El Beso de Judas; el San Juanín; la Verónica; hasta hace bien poco, La Coronación; El Lavatorio con el negrito sujetando la jofaina para que Pilatos se lavase las manos; las bellas tallas de muchos de los tronos?... en casa de algún particular leonés. Este y otro patrimonio del pueblo leonés ha sido expoliado, cedido a cambio de trabajos realizados, por quienes, en su momento, se han creído dueños y señores de un patrimonio que no es suyo, sino que es del pueblo leonés.



En nuestra Semana Santa apreciamos que, durante esos días, se multiplican los besapiés de Cristos, viacrucis, etc. El resto del año, silencio.

Y una última reflexión: *"nada es querido si antes no es conocido y nada es conocido si antes no es querido"* (San Buenaventura). Desconocemos mucho de la Semana Santa

Leonesa: gran parte de sus tradiciones, reglas fundacionales de diversas cofradías, autorías auténticas de muchos pasos... Una Semana Santa Leonesa de Interés Turístico Internacional debería potenciar, a través de acuerdos entre las diversas fuerzas sociales (Junta Mayor de Cofradías, Obispado, Junta de Castilla y León, Ayuntamiento, Cofradías, Universidad de León, Caja España e Instituciones interesadas), la creación de becas para el estudio en profundidad de la Semana Santa Leonesa.

Hay jóvenes leoneses muy bien preparados y capacitados que acometerían este trabajo con sumo entusiasmo y efectividad. En el Archivo Histórico Nacional (Sección del Clero), en el Archivo Histórico Provincial, en el Archivo Diocesano, etc., hay mucho que investigar, pero se necesitan tiempo, medios económicos y humanos.

Creo que, con estas consideraciones, pongo el dedo en la llaga para que se reconduzcan ciertas cuestiones, se eviten algunos despropósitos y se potencie de verdad la Semana Santa Leonesa, ésa que todos decimos querer mucho.

Jueves Santo

Recuerdos de Julio Cayón

En la víspera del Drama



La jornada de Jueves Santo forma parte de la memoria histórica de la Semana Santa de León. Y, ahora, dimensionada en un fantástico abanico -impensable no hace siquiera dos décadas-, con mayor motivo. El Jueves Santo en la capital leonesa es un día grande no sólo para los católicos, que ello se da por sabido, sino, también, para aquellos otros que gustan de las tradiciones y costumbres enraizadas en la ciudad. Todo lo que rodea la conmemoración de la última cena del Nazareno se vive aquí de forma especial, de signo único, y, en algunos casos, hasta con una buena dosis de intimidad.

La sucesión de imágenes penitenciales, que se proyectan en la calle durante la víspera de la jornada más trágica del año, conculcan una serie de sensaciones difíciles de explicar. Los papones hacen del entramado urbano algo así como una nueva Jerusalén anual, que cobra vida al son de los tambores y cornetas, santo y seña de los actuales cortejos procesionales. Ya no se entenderían -ni se concebirían- los desfiles de encapuchados sin la singular sonoridad de estas perseverantes y esforzadas agrupaciones.

Quien quiera disfrutar el Jueves Santo de los severos cortejos capitalinos –que sobre el asfalto son puro evangelio-, y, además, de otros actos de diferente calado sentimental, como son los monumentos dedicados a la oración que se muestran en las iglesias en esta fecha, debe apretar su agenda; casi comprimirla. Desde primeras horas de la mañana, a las nueve y media, León es ciudad de Semana Santa por derecho propio, gracias a la cofradía del Santo Cristo de la Bienaven-



turanza, que, desde la muy noble plaza de Santo Martino, en pleno barrio de la hidalguía, inaugura un programa memorable y personalísimo. La representación, que principia sus orígenes fundacionales en el territorio de San Claudio, cumple el cometido de despertar los primeros sentimientos del día. Y lo hace con generosidad.



Apenas tres horas más tarde, el pregón a caballo de la cofradía de Las Siete Palabras de Jesús en la Cruz, ribetea, con tintes medievalistas, la hondura de esta tierra y de sus gentes. Cuando el suelo adoquinado recibe los cascos de los equinos ora briosos, ora tranquilos, la resonancia del golpeo parece que crepita en el corazón de cuantos contemplan el anuncio. Varios serán los puntos donde se repita el manifiesto, con el fin de que los leoneses lo que va a ocurrir en veinticuatro horas.

Mientras tanto, la procesión de las Bienaventuranzas, con tus túnicas negras y sus capas azules que parecen confundir al mismo cielo, continúan su caminar en peregrinación por la zona retorcida de la ciudad, por intramuros, hasta alcanzar, vencida la calle de San Francisco, la que, en tiempos, se denominara Puerta Gallega. Desde allí, fundidos con el jardín que lleva el nombre del santo de Asís, aquel que quiso –y consiguió– vivir pobre a imagen y semejanza de Jesús de Nazaret, los hermanos de la cofradía contemplan el pórtico de Santa Nonia. Y en el interior de la hoy iglesia y en otros tiempos capilla, entre sus anchos y profundos muros que atesoran los capítulos más destacados del grueso volumen que en sí misma es la Semana Mayor leonesa, el incienso y el



olor de las de flores inundan el entrañable recinto, y envuelven, como un celofán de relicario, el prólogo de lo que, en la amanecida siguiente, la del viernes del Gólgota, será una explosión casi incontrolada de devoción y piedad.

A esas horas, la saca continúa su desarrollo en el pórtico del templo dedicado a la esposa de San Marcelo, el patrón de la ciudad, con el tradicional *'una perra p'a Jesús'*. La petición, los años pares, es compartida, aunque en mesa aparte, eso sí, por la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno y la de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad. Por la tarde y desde tiempo inmemorial, la más antigua de ellas y de las cofradías leonesas, la de Angustias –que así se la conoce sin más añadiduras- se personará en corporación a la puerta de San Marcelo, donde, afuera, en la calle, realizará su anual petición de donativos. Estampa ésta que, de igual manera y con la mayor sencillez, llena un cliché especial y privativo de la jornada.



De unos años para acá, la mujer ha tomado el protagonismo que le corresponde en la Semana Santa. Bien estuvo que algunas hermandades y cofradías se abrieran en su momento para acoger a las leonesas, de hecho o de derecho, en igualdad que los hombres. Ahora bien, la creación de la cofradía de María del Dulce Nombre –la otra erigida en la capital es La Agonía de Nuestro Señor, que desfila el miércoles- compactó, con su presencia, la atardecida de Jueves Santo. Las 'marías', como cariñosamente se las conoce, cuajan, en negro y verde, desde el patio del convento capuchino de San Francisco el Real unos

momentos que parecen rebobinados en el tiempo. Tiene aroma su procesión. Y es como un bálsamo para cuantos contemplan, absortos, el desfile desde las aceras.



Casi al unísono –media hora después- el paso de la Sagrada Cena cruje las entrañas de León a las ocho en punto de la tarde. La hermandad de Santa Marta, con la recordación de Jesús y sus apóstoles en torno a una mesa, hermosea el frontispicio de la Catedral de Santa María. Desde allí parte una procesión, ya veterana, que forma uno de los ángulos del cuadro más importante de la Pasión leonesa. Resumir en pocas líneas la monumental obra de Víctor de los Ríos es tarea difícil. Si el buque insignia de la Semana Santa de León es el Nazareno de Santa Nonia –que lo es, seguro-, La Cena, poderosa y realísima, tiene

el privilegio de ser considerada como una de las perfecciones incuestionables de la imaginería religiosa española. Y es cierto. Impresiona ver el conjunto de trece figuras. Y nadie pondría en duda que así, como se presenta, como se admira, se desarrolló la despedida de Jesús a sus doce apóstoles. Las manos de De los Ríos hicieron posible lo imposible.

Y otra de las partes del lienzo de Jueves Santo lo llena la enlutada cofradía del Santo Cristo del Gran Poder y su procesión de La Despedida. Bella estampa con rancio sabor, que comprime, en su ánimo, la aspiración caritativa y cristiana de unos papones bendecidos, a pesar de que en el nomenclátor fundacional aparezcan como los más recientes. Y en verdad, como dirían los textos sagrados, que eso lo de menos. La estampa del adiós, que testifica el pórtico del primer templo diocesano, sobrecoge.



Sin embargo, aún hay más. Desde la parroquia de Santa Marina la Real, en la calle Serranos, los hermanos del Santo Cristo del Desenclavo, con sus túnicas de color leonesidad, no rinden su alma ante las injurias de los zafios romanos. En el corazón del templo, antes de la procesión, se ha escenificado el acto de las tinieblas. Porque se intuye el drama. Y se divisa un imaginario huerto de los olivos abrazado por la niebla, desde cuya atalaya, allá en la lejanía, se perciben los brillos de las antorchas que portan la chusma. El desfile, a continuación, tiene un encanto especial; quizá místico. Por las viejas calles de la antigua barriada discurre la manifestación de fe, con igual recogimiento y devoción que el rezo de un rosario.



Pero el reloj continúa su implacable andadura. La atardecida comienza a declinar de forma inexorable, y en el ambiente flota el sufrimiento del Hijo del hombre. Es cerca de medianoche y en la ciudad se escuchan nuevos murmullos. Jueves Santo toca a su fin y la luna encara a las estrellas. En el entorno del antiguo Ayuntamiento se agolpan cientos de leoneses; quizá, dos o tres millares. De túnica negra, sólo cuatro de ellos. Es la embajada de la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno. La plaza de San Marcelo, también de las palomas, es el espacio abierto que mejor conociera el más notable de los relojeros de la calle del Teatro, Alejandro

Morán, a quien se le erizaba el vello cuando escuchaba la composición de La Dolorosa.

Falta un minuto para las doce y se dice, en oración, un Padrenuestro. Todas las miradas convergen en la fachada del edificio de Botines a la espera de que el carillón desgrane las horas. Y se escucha la primera campanada, a la que seguirán otras once. Y suena una esquila lúgubre; y un tambor destemplado y mortuorio; y un clarín que parte la noche y los silencios. Es la Ronda de Jesús Nazareno. Se inicia Viernes Santo.

Viernes Santo

Recuerdos de Manuel García Díaz

Mi Viernes Santo

El cielo se contuvo. Amaneció despejado y poco a poco el azul celeste se fue empedrando de nubes que amagaron y que no descargaron en ningún momento.

Eso nos permitió a los leoneses y a todos los que de fuera se acercaron, y fueron muchos, a contemplar los tres desfiles procesionales que llenan el Viernes Santo.

La procesión de LOS PASOS, madre-gadora como ninguna, tiñó de negro el Barrio húmedo, Santa Marina, El Ensanche y el Nuevo León, abarrotando los bares y cafeterías de la ciudad de desayunos y almuerzos para reponer fuerzas.



Música, tradición y fe que fueron desgranando las trece estampas de la Pasión que sostienen sus tronos. No faltaron los cortes y los ejemplos de cómo no se debe bailar un paso. Llegaron, vieron y vencieron... como siempre.

Seguía el cielo entre nubes y claros y tras un chaparrón, la cofradía de Las Siete Palabras inició su recorrido (renovado), en mi opinión de forma acertada en la primera parte pero no así en la segunda.

Es este un cortejo con un tempo muy particular, a mi modo de ver demasiado lento, separando sus secciones en exceso. Pero a



pesar de eso, se puede disfrutar de una de las obras cumbres del maestro Estrada o la inmejorable copia de Amado.

Ya avanzada la tarde, la Minerva y Veracruz que por enésima vez cambian su lugar de salida, ofrecían al espectador el espectáculo de La Legión, cantando "El novio de la muerte", y portando brazos en alto el Cristo del Desenclavo. La gente aplaudía al paso de la Legión... ¿cómo en tiempos pasados...?

Fue pues un Viernes Santo negro, blanco y rojo preñado de arte, público y buenas y malas maneras semanaseras...

...es decir, como siempre. Toda obra humana es imperfecta.

¡QUE SEA PARA BIEN!



Sábado Santo

Recuerdos de Jorge Revenga

Quien no haya estado deambulando por el barrio de las Altas Torres a la hora en que la ciudad sestea, es posible que no conozca aun el León de antaño, con las calles y plazas vacías y mostrado, con sus silencios, la historia de la ciudad como nadie.

A las cinco en punto de la tarde y con el cuerpo maltrecho por la intensa semana vivida hasta el momento, dirigí mis pasos al Colegio Leonés de donde, como sabemos, parte la Procesión del Desenclavo. Aunque la tarde estaba desapacible, apenas cuatro gotas - literalmente- no iban a impedir la salida de la Procesión. Y así, tras las carracas y tabletas preceptivas, la Cofradía de púrpura y negro iba a cumplir un nuevo sueño: el de desenclavar al Maestro ante la Puerta del Perdón. Este año, además, Televisión Castilla y León lo llevaría lejos de casa. En fin. Todo presto para cumplir el rito centenario (por mucho que el Desenclavo lo lleve haciendo solo unos pocos años).



El primer guiño a la poesía lo percibimos muy pocos espectadores, que estábamos a la puerta del Convento de las Clarisas Descalzas esperando que sus voces recibieran a María Santísima del Desconsuelo, quien en su mano izquierda parecía ofrecer a las monjas una rosa color salmón. En esos momentos y en amplias ráfagas, los rayos de sol daban al momento esperanza a raudales. Con las voces de las Clarisas traspasando el tiempo y el espacio, más de una bracara anunció con sus lágrimas, lo que solo unos minutos más tarde se pareció al diluvio noeniano. El paso del cortejo por la Catedral fue dantesco para papones y

espectadores quienes, ni siquiera bajo los soportales de la plaza, quedaban a salvo del aguacero.

Pero con la Procesión en la calle, poco o nada puede hacerse. Sobre las siete de la tarde amainó el temporal hasta el punto de pensar que el resto de la Procesión iba a ser tranquilo. Atajando por las calles del barrio romántico, fuimos a coger sitio para ver el Desenclavo en San

Isidoro. No pudo ser. Tras unos diez minutos de tregua, el cielo siguió descargando agua sin piedad, hasta el punto que el cortejo no se detuvo en la plaza, excepción hecha de la Banda del RACA 63 que recibió los pasos con su música. Ni siquiera entonces se atisbaba la posibilidad de desenclavar a Cristo en el Colegio leonés, con la procesión ya encerrada.

Total que, sin convicción y con un rictus que denotaba claramente decepción, uno de los bares aledaños nos acogió con los brazos abiertos. Allí los parroquianos no perdían un detalle en la pequeña pantalla que -en contra de los que suele suceder las más de las veces- era el centro de atención. Lo bueno que tiene el estar viendo una retransmisión de una procesión en el mismo momento en que los tambores en la lejanía se perciben, es que, ipso facto, puedes enterarte que el Desenclavo de Cristo, una vez que el cielo dejó de llover, iba a poder realizarse. Corriendo a Santa Marina una vez más.



Cientos de curiosos nos agolpamos a las puertas del Colegio en donde, al final -con no demasiadas buenas maneras, todo hay que decirlo- pudimos entrar a saborear el desenclavamiento.

Cierto es que el escenario pierde vistosidad pero quienes allí estábamos nos quedamos sin palabras tan pronto

Cristo descendió de la Cruz y la Banda del Regimiento RACA 63, con sede en El Ferral, interpretó uno de los toques de oración más emocionantes de los que yo que vivido. Ya entonces, las lágrimas de papones, espectadores y cielo anhelaban el mismo destino: el esperar que el año discurra rápido, como los ríos en primavera para poder volver a saborear una nueva cita con la historia de nuestra Pasión.

Cuando La Horqueta te encarga el trabajo de reportero en nuestras procesiones pone dos condiciones: no salir en ninguna de las que discurran ese día y verlas todas, evidentemente, para poder narrarlas. Las promesas hay que cumplirlas. Y eso hicimos quienes estábamos atajando esa tarde.

Sin tiempo casi ni de respirar, la plaza de Regla nos esperaba para ver uno de los cortejos más emocionantes del pasado año. La Soledad que lucía espléndida cerrando su Procesión, este año llevaba escolta de lujo: Nuestra Señora de las Lágrimas quien, al hombro de sus braceras llenó de emociones su paso por la Seo de la Luz, moviéndose dulcemente con la marchas de la Agrupación Musical de la penitencial mariana.



En perfecto orden, como siempre, los hermanos de las Siete Palabras anunciaron el paso del Santísimo Cristo de la Paz y la Misericordia; quien lo acercaba, despacio, era la Banda del Gran Poder. Otra Cofradía hermana de la de El Ejido, Santa Marta, pregonó el paso de un San Juan que parecía no importarle que el cielo hubiera hecho de las suyas. La subida desde San Pedro debe llevarse en la memoria durante mucho tiempo. Así es el Sábado Santo. Hay que degustar los momentos mágicos hasta casi atragantarse. Antes de lo que pensemos todo estará consumado.

Enseguida, la Señora de las Lágrimas se adueñó de la calle, haciéndonos perder la visión del tiempo. Habían transcurrido solo cincuenta años de la primera Procesión de la Soledad pero como dijera el poeta, *cincuenta años no es nada...*



La anochecida ya nos empujaba a ver discurrir el último cortejo del día pero antes quisimos despedirnos de la obra que Víctor de los Ríos cinceló en 1959 y que, desde entonces, viene enamorando los hombros albimorados de León que esa tarde, se niega a dejar sola a la Madre de Dios. Y así será porque así debe ser. Porque Jesús Divino Obrero se niega a dejar sola a la Madre que al día siguiente, cambiará su luto por luz, su tristeza por alegría y nos acercará a un nuevo sueño, el de una nueva y efímera semana santa que ya será historia.

Uno de los retos que me propuse para poder narrar los momentos mágicos del Sábado Santo fue el estar presente en una de las entregas del fuego por parte de los hermanos del Santo Sepulcro-Esperanza de la Vida a la Parroquia de San Martín o a la Capilla de las Concepciones. Ni en uno ni en otro lugar pude estar. Aún no he conseguido ser ubicuo. Pero sí observé el paso de la Procesión por la calle Alcalde Miguel Castaño, cuando deja de callejear por el pasado y se asoma hacia el presente, hacia su casa, hacia la Parroquia de San Froilán.



Es cierto que en esa calle tan ancha y con tan poca estética procesional, el cortejo pierde emoción. Pero el discurrir de los hermanos del largo capirote, las dos bellas estampas realizadas por la gubia de Marín Morte y las marchas de la Agrupación Musical de la penitencial, enseguida me hicieron olvidar el decorado.



Lástima que también la lluvia se hizo presente para despedir el día. La Procesión la cerraba un Primo Lucio Panera guarecido bajo su paraguas y nuestro anterior alcalde que estoicamente aguantaba en silencio, goterones de agua que deslucían el cortejo.

Muy pronto, el paso de las representaciones del resto de Cofradías y Hermandades leonesas me indicaron que un nuevo Sábado Santo acababa de esfumarse, rápido, sin hacer grandes aspavientos, sin habernos dado tiempo a saborearlo más detenidamente.

En torno a una mesa cofrade, los que estuvimos atajando juntos saboreamos, ahora con la palabra, otro día que llevaremos en nuestra memoria, en una estampa, con una emoción y con la sonrisa puesta a sabiendas de que en 2008, la Semana Santa está a la vuelta de la esquina.

Domingo de Resurrección

Recuerdos de Javier Mendaña



Y llegó el Domingo de Resurrección, el día más esperado por la cristiandad y por supuesto por todos los papones leoneses, ¿o no? Sí, porque un año más, El Nazareno ha vencido a la muerte y se eleva Resucitado ante el pueblo leonés en ese marco incomparable q es nuestra "Pulchra Leonina". Y no, porque desde el mismo instante en que El Resucitado y su Santísima Madre se recogen en su parroquia, los "papones" leoneses ya empezamos a contar los días que faltan para que la Virgen morena y guapa de León aparezca por el pórtico de su templo, anunciando una nueva Semana Santa.

Hoy 8 de abril de 2007, el encuentro de Jesús vencedor y triunfante y su Madre se produce bajo un cielo azul, ante miles de leoneses con las ya tradicionales palabras "LEONESES: JESÚS HA RESUCITADO". Los "papones" de la Real Hermandad de Jesús Divino Obrero y de las Cofradías y Hermandades invitadas se descubren y el dolor, la tristeza y el enlutado de las túnicas y capillos, dan paso al júbilo, a la alegría y al blanco predominante en las túnicas; las mantillas se tornan blancas y las palomas vuelan en el azul del cielo leonés, aturcidas, sin rumbo ni dirección, como que no quisieran separarse demasiado del Resucitado.





Los "papones" y el público en general reponen fuerzas, y esperan que la procesión conjunta inicie su andadura. Yo me encamino hacia Santa Nonia, como todos los años, y asustado observo que todo lo que allí sucedió, unas horas antes, parece que fue un sueño, que no existió. Ni rastro del hervidero que fue el Viernes Santo, pero mirando a los ojos al Nazareno, me doy cuenta de que no lo fue, que fue real, que solamente se debe al trabajo encomiable de unos equipos de montaje que casi se les podría definir como profesionales.

El cortejo conjunto inicia su andadura desde el punto donde una hora antes aproximadamente La Madre de Dios y Madre nuestra se encontrara con su Hijo Amado, caras descubiertas y sonrientes, alegría, que se hace notar hasta en las baquetas de la banda de la Hermandad organizadora y el ritmo es lento en el caminar de la procesión.

Todo transcurre dentro de la normalidad pero, cuando la Hermandad entra en su barrio, una tromba de agua hace que el cortejo se acelere, se corte y se produzca la típica confusión que se produce cuando el líquido elemento hace acto de presencia en una procesión.

Pero, al final, tanto el Resucitado como su Madre entran con todos los honores en la calle de aquel que con su gubia dio vida a los dos.

